

CARNEIRO DA CUNHA, Manuela (comp.). *Historia dos Índios no Brasil*. Sao Paulo, Edición Companhia das Letras/NHII/FAPESP, 614pp.

La historia de los indios, hasta no hace mucho, se escribía en Brasil en tonos elegíacos. Positivistas o románticas, las monografías nos hablaban de primitivos sin futuro a los que, fuera de sus refugios en las selvas o los desiertos, sólo esperaba la aniquilación física o cultural.

Este espejismo primitivo -producto europeo de larga tradición- se ha perpetuado en formas muy diversas, desde el caníbal tupinambá de Montaigne al indio modélico de etnografías donde de una exigencia de método -el enfoque sincrónico- se hacía axioma. Es curioso comprobar hasta qué punto las descripciones actuales de pueblos "tradicionales" son fieles a ese primitivismo en sus presupuestos, en sus connotaciones, y en sus puntos ciegos; así sucede cada vez que se habla a la ligera de "conservación" o "pérdida" de rasgos culturales, o cuando se proyectan hacia un pasado remoto formas de organización e identidades indígenas que pueden ser fruto de procesos relativamente recientes. En todo caso, se trata de un primitivismo refugiado en la sombra o en los tejidos blandos de la teoría porque, a juzgar por lo que se puede ver, el americanismo tropical de hoy día se ha convertido a la historia. Durante algo más de diez años la historia indígena ha campeado en congresos y cursos; ha suscitado grupos especializados de investigación y un aluvión de publicaciones. La coordinadora de este volumen dirigió durante años grupos de trabajo sobre historia indígena en las reuniones científicas brasileñas, y fundó un centro especializado, el *Núcleo de História Indígena e do Indigenismo* de la Universidad de Sao Paulo, que ha proporcionado la base intelectual y logística de este libro.

Hay que indicar que esta nueva historiografía ha llegado de la mano de un movimiento indígena, inédito en Brasil, que en los últimos quince o veinte años ha obtenido algunos triunfos legales significativos -el capítulo indígena de la

constitución brasileña de 1988, por ejemplo- ha ensayado formas muy diversas de organización a nivel nacional, y establecido complejas redes de alianza con organizaciones "blancas" en Brasil y en el extranjero. La historia hace su aparición como discurso legitimador de ese movimiento en pleitos concretos -la documentación histórica ha sido un arma muy útil en la reivindicación de tierras indígenas, por ejemplo-. Pero también de un modo más general, mostrando que esos indios que tienen un pasado o sea, que han sido capaces de cambiar, tienen también un futuro entre los otros pueblos del planeta. He aquí una diferencia esencial con otros países americanos, en que el pasado indígena ha sido asumido por la identidad nacional y, en consecuencia, por la historia oficial. En el Brasil, la historia indígena pertenece a los movimientos sociales, indios o no; no al Estado y a sus dueños.

Las consecuencias son también de índole teórica; por un lado, el impulso de partida de esa historiografía no viene de crónicas escritas, o de tradiciones orales consagradas por especialistas o dinastías indígenas, sino de fuentes cuya dispersión y cuyo género desafían claramente los límites de nuestro concepto de historia. Por otro lado, los protagonistas académicos de este proyecto muestran una clara afinidad con el estructuralismo, una orientación teórica con carta de naturaleza en la etnología brasileña, y que un prejuicio arraigado ha querido ver como negación o huída de la historia.

El volumen que aquí comentamos pone a disposición del lector tanto un resumen como alguno de los frutos más ambiciosos de esa década de flamante historiografía, aunque la reseña será desesperadamente incompleta y se limitará a subrayar aspectos particulares de trabajos que tienden, por lo contrario, a abarcar lo más posible y a proporcionar al lector pistas para una información más amplia.

Capítulos sobre antropología física (Salzano), lingüística (Urban) y cultura material (Van Velthem y Ribeiro) presentan estados del arte en que se han preferido exploraciones innovadoras a las síntesis más consagradas. Vale la pena destacar el espléndido catálogo de colecciones etnográficas elaborado por Sonia Dorta, una guía necesaria dada la diáspora mundial de las artes indígenas brasileñas. Tres capítulos sobre el indigenismo brasileño -dedicados a la legislación colonial (Perrone-Moisés), a la política indigenista del siglo XIX (Carneiro da Cunha) y a los inicios del Serviço de Proteção aos Índios (Souza Lima) coinciden en mostrar que en las relaciones entre las sociedades india y blanca hubo más ley y más método de lo que suele pensarse, y que hay, al fin, una terrible coherencia histórica entre las metas de los conquistadores y los colonizadores, y las de un protector positivista como Rondon.

La relación entre sociedades indígenas concretas y la política colonial o nacional brasileña es el eje central de otros capítulos, dedicados a las fronteras del extremo norte (Farage y Santilli), al área Madeira-Tapajós (Menéndez) o a los Goiás (Karasch). En términos más actuales, el capítulo sobre los Xavante (Lopes a Silva), describe la trayectoria de un pueblo que desde los años cincuenta -época de su pacificación- ha protagonizado, en gran medida, la política

indigenista en una época de extensión de la participación política -un indio xavante llegó a ser diputado por Río de Janeiro- y sobre todo de los medios de comunicación. La relevancia de los capítulos sobre el nordeste (Dantas, Sampaio y Carvalho) y sobre los Botocudos (Paraíso) crece en función de la reciente emergencia de grupos indígenas en regiones de colonización antigua en que según la doctrina oficial y el sentido común del público brasileño, los indios estaban extinguidos o asimilados desde hacía muchos años. La historia es aquí una pieza fundamental en la disputa por la tierra y por la reconstitución de una identidad étnica diferenciada.

El bloque arqueológico, tratado en los capítulos de Roosevelt y Guidon, aunque exponga, en definitiva, dos teorías divergentes, presenta para un público no especializado el propósito común de ampliar la prehistoria indígena brasileña, haciéndola más larga -las fechas propuestas por Guidon para la ocupación humana de sudamérica son aún polémicas- y más intensa. Roosevelt extrema una tendencia ya consagrada, desde los trabajos de Lathrap, a reivindicar las descripciones de los primeros cronistas españoles del Amazonas que hablaban de poblaciones indias densas y complejas. El valle amazónico se presenta así como un centro de alta cultura, que sirve de contrapeso a los Andes en la génesis cultural de Sudamérica. Puede criticarse a Roosevelt, como a Lathrap, que tienda en consecuencia a absolutizar las diferencias entre el espacio fluvial *complejo* y el interfluvial *primitivo*, hasta desplazar a esa frontera la vieja división entre altas y bajas culturas.

Capítulos como los dedicados al alto y medio Amazonas (Porro) o a la guerra Mura (Amoroso) se proponen aprovechar fuentes nuevas o tradicionalmente mal consideradas, sacando provecho de ellas y de los prejuicios y las razones que las hacían sospechosas. En cuanto al complejo chaqueño (Schmuziger Carvalho) o a los Guaraní (Monteiro) se nos ofrecen intentos de síntesis necesarias no sólo por la variedad de los pueblos indígenas, sino por la presencia de una frontera conflictiva entre blancos (españoles y portugueses, jesuitas y bandeirantes) que multiplica la densidad histórica e historiográfica de la región. Dígase, de paso, que buena parte de los autores del libro han participado en la elaboración de una guía de fuentes documentales sobre historia indígena -otro proyecto del NHII, hasta ahora restringido a los acervos de las capitales de Estado- que ha hecho cambiar en buena medida un prejuicio demasiado caro a la propia universidad brasileña: ni los indios están tan indocumentados como se creía, ni fueron tan marginales en la historia económica del país como algunos célebres autores quisieron creer.

Otra serie de capítulos (Franchetto, sobre el Xingú, Renard-Casevitz sobre los Kampa, y especialmente Wright, sobre el alto Río Negro) se aventuran a la busca de una historia oral que, como ya se ha dicho, carece de apoyos técnicos o institucionales y, para las épocas más distantes debe recurrir a las fuentes equívocas de la mitología, la poesía o la toponimia.

La faz más radical del libro puede estar en capítulos como los que corresponden a los Tupinambá (Fausto), al conjunto Pano (Erikson) y a los Kayapó

(Turner). Las consideraciones históricas pasan por un denso filtro etnológico, en busca de un devenir que no se mide en años o siglos sino en transformaciones de la estructura social y simbólica. En ese proceso, el blanco está lejos de representar un valor fijo; si hay sociedades marcadas por el "antes" y el "después" del blanco hay otras que subsumen esa colisión en una especie de teoría general de la otredad que cumple un papel esencial en la sociología interna de los grupos amerindios. El trágico "encuentro" es un hecho histórico, pero no es el advenio de la historia, como tendemos a pensar al son de la arrogancia o de la mala conciencia europea. Sociedades diferentes viven tiempos diferenciados, y la etnología actual puede enriquecer la lectura de las viejas crónicas siempre que se esté más atento a las mutaciones y a las lagunas, que deseoso de rellenar éstas sin criterio. Lo más interesante puede ser ver nuestras categorías históricas abstractas -indios primitivos y feroces versus civilizaciones indígenas- convertidas en elementos de una etnosociología concreta. "Complejos" y "elementales" no son protagonistas sucesivos de la historia, sino actores conscientes que, como muestra el excelente capítulo de A.C.Taylor sobre la alta Amazonía post-colombina, a menudo intercambian sus papeles. Desde los primeros contactos con la humanidad amerindia, los europeos se vieron tentados por la hipótesis de la "degradación", por la sospecha de que ese salvaje fuese el producto de un proceso regresivo; hoy, cuando la fe en la linealidad de la historia se ha debilitado, nos asombra la versatilidad de las culturas indígenas, capaces de expandirse con rapidez o de comprimirse en marcos demográficos y tecnológicos sumarios.

Una riquísima iconografía, en buena parte inédita o poco conocida, complementa el libro, proporcionando una visión del indio que no se limita a algunas imágenes arquetípicas, sacando del baúl esas "fotos movidas" capaces de mostrarnos el segundo plano de la historia o la antigüedad de algunas visiones que solemos considerar nuevas. Citemos, entre tantas otras imágenes, los retratos de indios vestidos a la europea, plasmados durante su visita a la ciudad o a una corte distante, o de los veteranos de guerra (de una guerra "de blancos") luciendo quepis y galones, o los óleos del holandés Eckout (s.XVII), tan notables por su realismo físico como por su engañosa alegoría de la civilización y el salvajismo. La selección privilegia, por decirlo así, una cámara subjetiva que da testimonio de las ideas y las intenciones del acuarelista romántico o del reportero contemporáneo.

História dos Índios no sustituye el viejo *Handbook of South American Indians* de J.Steward -abarca un universo menor, y registra demasiadas lagunas- pero como aquél, supone un hito que nos obliga a ver con otros ojos a los indios de las tierras bajas y aquella dicotomía, habitualmente mal entendida, entre sociedades frías y calientes. Para ser histórico -es la moraleja- no es necesario hacer de la historia una cosmología; los indios han vivido su historia sin creer o confiar en ella y, en el tiempo que corre, el suyo puede ser un buen ejemplo.

Oscar Calavia Sáez